

- SANCHEZ DE ZAVALA, V., 1970a: Memoria sobre el análisis del lenguaje desde un punto de vista cibernético, I, Madrid, julio de 1970.
- 1970b: Perspectivas actuales de una praxiología lingüística, Madrid, octubre de 1970.
- VENDLER, Z., 1970: "Les performatifs en perspective", en Todo-rov, T., (ed.), L'énonciation (= Langages, 17), París, Didier/Larousse, 1970, págs. 73-90.

#### REPLANTEAMIENTO DEL ESTUDIO DE LA CUASI COMPETENCIA DE PRODUCCION VERBAL.

Por Víctor Sánchez de Zavala.

1. Partiendo de que lo que queremos es representar teóricamente tal cuasi competencia, vamos a especificar lo más posible en qué consiste ésta, con objeto de ver hacia qué desideratum ha de encaminarse la investigación.

La capacidad lingüística que nos interesa se refleja en la actuación consistente, no ya en decir frases o locuciones aisladas del idioma que sea, sino en emitir las en unas circunstancias determinadas y dentro de un discurso determinado de modo que sean oportunas, o, al menos, pertinentes. Ahora bien, como para poder actuar de este modo el hablante sabe ya de algún modo en qué enmarque físico, sociológico, etc., se desarrolla el discurso y cuál ha sido la parte de éste transcurrida hasta el momento de emitir la locución que sea, parece que su trasunto teórico sería un conjunto finito de principios, reglas y recursos para el almacenamiento de datos (una "máquina") tal que, introduciéndole de algún modo una representación de

- 1) el enmarque físico y psicosocial (incluidas las relaciones entre los interlocutores y la apreciación por el hablante de las características psicológicas de los demás participantes),
- 2) las características psicológicas del propio hablante,
- 3) el fondo de conocimientos compartido por los interlocutores (lo consabido, en la expresión de Ortega), posiblemente aumentado con los supuestos de cada interlocutor pertinentes para el discurso que de hecho se produce,

- 4) la inmersión empráctica (o sea, las actuaciones directas) en que se presente incluida la acción verbal, cuando tal inmersión sea pertinente para ésta, y
- 5) el contexto, es decir, el fragmento de discurso habido hasta el momento,

genere la locución siguiente, esto es, una locución, del idioma en que se haya sostenido el discurso, que sea coherente con la situación y con éste (coherencia sobre la que juzgará la intuición lingüística de los hablante-oyentes que tengan tal idioma por lengua materna, de igual modo que en la teoría de Chomsky han de juzgar sobre la gramaticalidad de las oraciones; y las variaciones individuales de tal intuición, una vez reconocidas debidamente, no causarán mayores dificultades que en esta otra teoría). Podemos describir sucintamente nuestro desiderátum, pues, diciendo que querríamos "construir" una máquina que converse sobre un tema, en una situación y con un interlocutor dados, o, mejor dicho, sobre cualesquiera temas, en cualesquiera situaciones y con cualquier interlocutor (con tal de que se le suministren previamente las informaciones pertinentes acerca de todo ello); meta que, sin duda de ningún género, excede con mucho todas las que se han propuesto hasta la fecha cualesquiera teorías del lenguaje, por no hablar de las teorías sintácticas usuales, pero que, con sólo formularla, apunta por sí misma hacia el próximo paso que habría de darse con objeto de representar teoréticamente de modo cumplido la capacidad de lenguaje del hombre: el de que pudiera darse un trasunto teorético satisfactorio de la facultad que tenemos de formular lingüísticamente -en primer término, para nosotros mismos, esto es, en un lenguaje interior, por fragmentario que éste sea- la experiencia no lingüística, sea perceptiva, afectiva, o de la índole que se quiera. Dicho con referencia a la "máquina": habría que proporcionar a ésta unos órganos de los sentidos o sensores (y, casi con toda seguridad, unos órganos efectores o manipuladores) con los que pudiese tener una experiencia del mundo que ella misma fuese capaz de formular lingüísticamente -cuestión tras la que andan todos los esfuerzos de los cibernetas que trabajan en el reconocimiento de estructuras [pattern recognition] y en la que se han logrado ya algunos resultados muy animadores, por distantes que sean del ideal que aquí se expresa (cf. Simon, 1969, págs. 49-52).

Descendiendo a aquella primera meta, habría que señalar ahora que, naturalmente, las respuestas o intervenciones que pueden hacerse coherentemente en el curso de un diálogo parecen ser infinitas, de suerte que la cuasi competencia de producción que queremos representar deberá ser capaz, indudablemente, de proporcionarnos en cada momento no una locución coherente con el contexto y la situación, sino todo un conjunto -posiblemente infinito- de ellas; lo cual quiere decir que su salida, en el caso ideal, no ha de ser, como podría imaginarse primeramente, la representación semántica de una locución (que

una gramática generativa, concretamente, semántico-generativa, pudiese trasladar después a una forma sintáctico-léxica concreta y finalmente a una representación fonética lineal), sino una caracterización adecuada de todo un conjunto de tales representaciones; y es posible que, si queremos que el sistema sea capaz de elegir en cada caso un número muy reducido de ellas (acaso una sola) sea necesario dotarla de los equivalentes teóricos del estado de ánimo, el temperamento y la inteligencia -cuando menos- del hablante.

2. Dada la magnitud del problema que nos hemos propuesto, parece seguro que habrá de emplearse casi desde el principio el recurso a la simulación con ordenador, con objeto de comprobar en cada paso si se han dejado sin estudiar y resolver aspectos esenciales. Por ello nos volvemos a encontrar con la cuestión que había originado las perplejidades expresadas en la comunicación del 18 de diciembre, apartado I, o sea, con la de la puesta a prueba empírica de la teoría con unos discursos "reales", registrados, cosa que requiere la representación de algún modo de las peculiaridades del instante en que vaya a insertarse la locución que he dividido en cinco epígrafes en el apartado 1.

Es cierto que las características enumeradas en los epígrafes 1, 2 y 4 parecen susceptibles de ser soslayadas, en el sentido de que se podrán elegir valores relativamente neutrales o medios (o, simplemente, los más inmediatos o familiares al investigador) en el caso de las dos primeras, y eliminar enteramente la última suponiendo que se trata de un diálogo "puro", carente de entorno empráctico en sentido fuerte (de acciones directas concomitantes pertinentes para él); por el contrario, las correspondientes a los epígrafes 3 y 5 van a constituir, a mi juicio, el problema fundamental de cualquier tentativa como la que aquí se propugna.

En lo que se refiere a las del 5, adviértase que, en el fondo, encierran todo el problema de la cuasi-competencia de recepción; y aun cuando, como indica Quillian (1968, págs. 243-4), tal vez ésta sea notablemente más sencilla que la otra, de todos modos es un formidable problema, ya que, como mínimo, nos enfrenta con la tarea de dar un método a la vez riguroso y razonablemente paralelo al "real", psíquicamente empleado de representar el contenido semántico (más los demás elementos que venimos distinguiendo, los vectores apelativos y la postura adlocutiva) de cualesquiera locuciones.

Pero con el epígrafe 3 la dificultad sube de punto, pues aquí no se trata solamente de dar una representación semántica satisfactoria de unas locuciones dadas, sino de hacer lo mismo con algo inexpreso, algo con lo que cuentan los interlocutores del diálogo y por ello no lo afirmen ni nieguen explícitamente. Intentemos, sin embargo, planear a grandes rasgos la manera de atacar semejante tarea.

En primer lugar, es evidente que no todo lo que sepan los interlocutores, ni en cuanto a su propio idioma ni en cuanto al mundo en general, incidirá directamente sobre el discurso (o, al menos, apreciablemente): de algún modo, lo que en cada caso haya influido en el desarrollo de éste quedará reflejado en él (incluidos los componentes gestuales, desde luego), pues si no, se volatiliza el sentido de tales incidencia o influencia; si bien es perfectamente posible que en un momento determinado actúen efectivamente cosas consabidas que sólo sean de alguna forma visibles más adelante (incluso, tal vez, en la propia locución que se trate de sintetizar con el sistema teórico o máquina parlante). Naturalmente, en el caso de que éste funcione como tal máquina o sistema teórico habrá que introducirle tales saberes eligiéndolos ad libitum, y lo único que sucederá, simplemente, es que el discurso será de mayor o menor pobreza según sea la abundancia y coordinación mutua de los que hayamos elegido (respecto de esta coordinación, me remito a lo que voy a decir inmediatamente en el apartado 3, C); pero cuando tratemos de someter el modelo a corrección empírica comparando sus productos con los de un diálogo humano parece inevitable tropezarnos de nuevo con la circularidad que hace tiempo nos venía molestando. Tal vez sea posible, sin embargo, evitar este peligro incluso en este segundo modo de funcionamiento (que, por otra parte, promete ser casi indispensable en el proceso mismo de construcción de la teoría, según he aludido al comienzo de este apartado), como vamos a ver ahora mismo.

3. A) Un primer método que podría emplearse es el de sortear enteramente la cuestión de la representación semántica de las locuciones, almacenando íntegramente y sin manipulación en la máquina todas las locuciones del discurso hasta lo que consideremos su final; el papel que tendría que cumplir el sistema sería entonces el de elegir, de entre todas las locuciones aún no usadas (si alguna se repitiese ello no ofrecería dificultad suplementaria alguna), una que fuese coherente con las anteriores y pudiese constituir la locución a emplear en aquel instante. (Obsérvese que no tendríamos ahora circularidad alguna).

Mas este método, sin embargo, para el cual es fácil que pudiese prepararse un programa análogo a los del juego de ajedrez, ya que la máquina no solamente tendría que hacer una elección coherente (por ejemplo, que tras una pregunta viniese una respuesta a lo preguntado o a parte de ello, etc.), sino que tendría que explorar las posibles consecuencias de tal elección, es decir, si con las restantes locuciones podría, por su parte, construirse una continuación coherente del discurso, y así sucesivamente hasta el final, no nos vale en modo alguno. Pues, por relativamente sencillo que sea este paso, no lo es en dirección a lo que queremos representar, o sea, hacia la cuasi competencia de producción verbal -o, en general, se-

miótica-: si a un hablante del idioma en que se desarrolle el discurso real se le propone el mismo ejercicio es posible que sepa resolverlo, y hasta imaginable que todo hablante de tal idioma sea capaz de hacerlo (aunque no se ve claramente que haya de ser así), pero, en cualquier caso, jugar a semejante juego es otra cosa que intervenir en un diálogo, carece de la inmediatez de comprensión que caracteriza a éste y en modo alguno puede considerarse -salvo demostración en contrario- como simplificación de la actividad de hablar.

B) Otra posibilidad a estudiar sería la de considerar como fondo de conocimientos operante en cualquier momento del discurso las presuposiciones (en el sentido de Fillmore) de todas las locuciones de éste. (Indudablemente, así no es posible la temida circularidad).

Esta propuesta parece requerir una corrección inmediata: en primer lugar, si queremos ser coherentes con lo que en ella se expresa, habría que eliminar las presuposiciones que se nieguen o se pongan explícitamente en tela de juicio en el discurso mismo (por ejemplo, la que queda clara en el siguiente fragmento: "...Así es que Juan se marchó con su mujer a Ceuta" - "¡Pero si no se ha casado!" - "¿Cómo? Yo creía que se casó el año pasado..."); ahora bien, como hasta el momento de efectuarse operaciones semejantes habrán obrado como tales, parece que sería necesario, en realidad, añadir una segunda matización, o sea, la de distinguir entre las presuposiciones de unos y otros interlocutores -cuando sean patentemente distintas- e incluso tener en cuenta su variación a lo largo del discurso.

C) Una tercera vía de ataque consistiría en adoptar esta última propuesta, la B), pero añadiendo otros tipos de supuestos previos difícilmente accesibles con los conceptos de Fillmore sobre la presuposición; entre ellos

- 1°) ciertos principios y reglas de inferencia de la "lógica natural" (véase, por ejemplo, Beth *et al.*, 1962), incluyendo posiblemente principios no estrictamente formales, por ejemplo, la axiomatización de la causalidad de McCarthy (1968), págs. 410-7; cf. también Davidson, 1967, págs. 117-8;
- 2°) ciertos saberes característicos de la cultura en que se dé el discurso y, más en concreto, la situación socio-cultural en que éste se produzca, y
- 3°) la propia representación de esa situación y de las relaciones entre los interlocutores (o sea, en alguna forma, un trasunto del epígrafe 1) del apartado I, que reaparece aquí cuando no lo esperábamos).

En cualquier caso, no cabe duda de que será preciso tener una representación canónica semántica (o acaso varias, incluso) de hechos o acontecimientos, y es posible que, además, de piezas léxicas aisladas; representación aquella que es de desear coincidiese o, al menos, fuese fácilmente interconvertible con la que sirva a la subteoría de la originación del acto locutivo para "poner en marcha" los recursos con que se reconstruya racionalmente el supuesto proceso de efectuación del acto semiótico (o, más específicamente, locutivo). Tal vez a dichos fines sea preciso utilizar algún tipo de representación semántica que trate de llegar a las raíces perceptivas de la locución, como sucede, por ejemplo, con la "gramática de casos" de Fillmore; y no estaría fuera de lugar, por lo tanto, una pequeña investigación encaminada a aclarar sus supuestos, alcance y posibilidades de reestructuración, si fuere necesario.

### Apéndice

En el trabajo de I. Bellert (1970) se tratan, como el título indica explícitamente, algunas condiciones de la coherencia de los textos o discursos; sólo que debe tenerse en cuenta que, aunque no se indique explícitamente, e incluso pese a alguna frase en contrario (pág. 360), no se tienen en cuenta más que las intervenciones de un solo interlocutor (cuya "coherencia" es, a todas luces, de un género muy distinto, mucho más cercano a la coherencia lógica en sentido usual, que la que aquí nos interesa) : véanse las págs. 349, 351, 354 y, especialmente, la 362. Conviene indicar que en este trabajo, que yo no conocía al redactar la presente comunicación, la autora señala la necesidad de contar con inferencias "estrictamente lingüísticas" y otras apoyadas en el conocimiento del mucho que tenga el hablante; cosas que guardan un estrecho paralelismo con lo que hemos visto de las presuposiciones en sentido fillmoriano y con los supuestos aludidos en el apartado 3.C),2°) -todo ello "puesto en marcha" mediante las reglas de inferencia a que me refería en 3.,C),1°).

### Referencias bibliográficas:

- BELLERT, I., 1970: "On a Condition of the Coherence of Texts", Semiotica, II, 4, págs. 334-63.
- BETH, E. W., et al., 1962: Implication, formalisation et logique naturelle (= Etudes d'épistémologie génétique, XVI), París, P.U.F.
- DAVIDSON, D., 1967: "Reply to Comments", en Rescher (ed.), The Logic of Decision and Action, Pittsburg, Univ. of P. Press, págs. 115-20.

- MCCARTHY, J., 1968: "Programs with Common Sense", en Minsky (ed.); Semantic Information Processing, Cambridge de Mass., MIT Press, págs. 403-18.
- QUILLIAN, M. Ross, 1968: "Semantic Memory", en Minsky (ed.), op. cit., págs. 216-70.
- SIMON, H. A., 1969: The Sciences of the Artificial, Cambridge de Mass., MIT Press.